

Estábamos trabajando cerca de la casa donde vivíamos y uno de los italianos le ordenó a Ángel; compañero, anda a la barna y briga la forca, queriendo decir con ello, ve al "barn" granero y trae bringa "bring" traer la forca, "fork", horquilla o este otro, compañero no anda la crika, va a brocar la lega, lo cual significaba que no cruzara el arroyo pues existía un puente y podía quebrarse una pierna, "crika" era creek, arroyo, "brocar" to break, quebrar o romper, la "lega" leg pierna ya se puede, quien esto llegue a leer formarse una idea de la manera en que podíamos entendernos.

En este lugar tuvimos que cocinar nuestra comida y para ello nos repartimos la tarea de acuerdo con nuestro conocimiento que del arte de cocinar teníamos cada uno y como para la compra de nuestra provisión teníamos que depender del humor del italiano jefe, optamos por comprar un Fordcito modelo 34, que nos costó trescientos dólares y así tuvimos en que trasladarnos a San José cada vez que necesitábamos comprar comida, sin tener que esperar que los italianos pudieran y quisieran llevarnos.

Por fortuna para este tiempo como se había terminado la guerra, el racionamiento de gasolina ya no funcionaba, nuestra estancia en este lugar no se prolongó ya que en poco tiempo terminamos de hacer el trabajo necesario y esperar hasta la cosecha, los cuatro fuimos regresados a las oficinas de trabajo, que el gobierno tenía y como aún no se vencía nuestro contrato, tuvo el jefe de la oficina, señor Manilli, "Manila" para nosotros, buscarnos ocupación.

No había transcurrido mucho tiempo de estar conversando con el señor Manilli, que por cierto hablaba muy buen español y con el que ya desde antes teníamos establecida una buena amistad, cuando se presentó un español con todas las trazas de capataz y que iba en busca de trabajadores para una congregación religiosa, propietaria de varios viñedos y dedicada a la elaboración de vinos para el servicio eclesiástico y cuando en idioma inglés estaban tratando lo relacionado con los salarios, alcancé a oír que estaban pagando a 80 centavos a la hora, pero a la hora de firmar el convenio se nos señaló solo 70 centavos, esto originó una discusión que finalmente, después de conseguir que se nos pagara igual a los demás y a instancias del señor Manilli, que me aseguró que el lugar nos iba a gustar, salimos con rumbo a Los Gatos, Calif. a trabajar al Noviciado Los Gatos administrado por sacerdotes jesuitas.

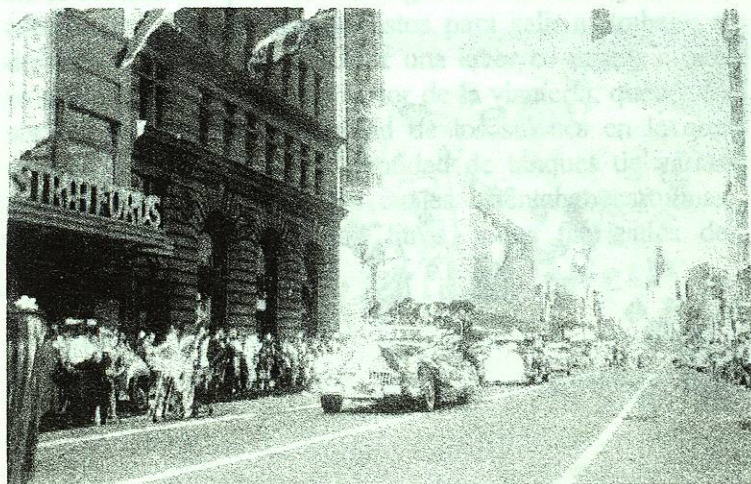
Y la realidad, confirmó lo dicho por el señor "Manila", pues desde nuestro arribo al lugar empezamos a disfrutar de las condiciones de vida que tenían los trabajadores; por principio se nos alojó en cuartos individuales con servicios sanitarios comunes pero bien acondicionados y hasta adjunto un amplio salón de descanso y recreación, así como ropa limpia de la cama, dos veces por semana.

A unos doscientos metros de nuestro alojamiento y en el edificio principal estaba instalado el amplio comedor para los trabajadores y allá fuimos esa mañana a engullir un apetitoso almuerzo y en seguida dar comienzo a nuestra labor, consistente en podar y acondicionar el terreno alrededor de las viñas, algo en lo que habíamos adquirido conocimiento durante nuestra anterior ocupación, algunas veces salíamos a trabajar a viñedos lejos y entonces se nos enviaba comida caliente a la hora del medio día, pero como quiera en este aspecto, siempre recibíamos una esmerada atención.

Cabe aquí hacer la aclaración de que, a pesar de ser nuestro empleador, una organización religiosa, nunca se nos pidió y menos exigir nuestra asistencia a los servicios religiosos, ni siquiera en los días domingos, en que el desayuno se servía después de la celebración de la misa, es más había quienes asistían por propia voluntad, pero a los que no iban a misa nunca se les hizo algún extrañamiento al respecto.

CELEBRACIÓN DEL FIN DE LA GUERRA

En 1945, la celebración del fin de la guerra, por la Avenida Market en San José, California.



ESCARBANDO VIÑAS

El 1946, Evergreen, California, en el escarbado de viñas.



De izq. a de: Rafael, El tío, Paco, -benja-, Don Benjamín, El Cabo, El Italiano, José Piedad Melgoza y Angel.

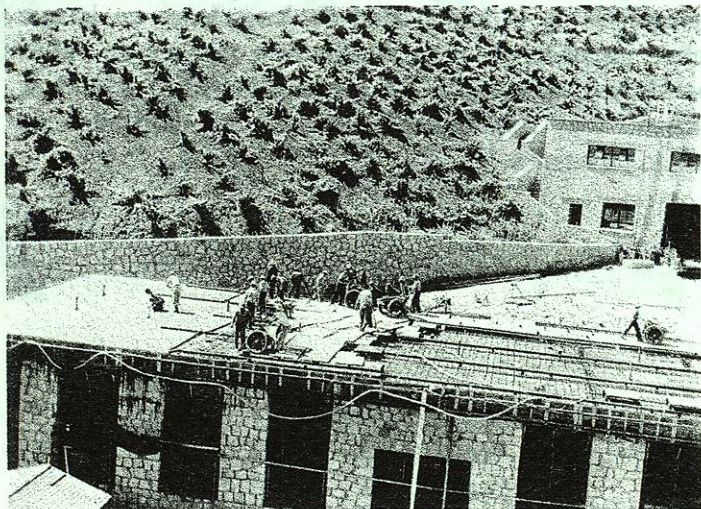
Todas estas actitudes relacionadas tanto con el trabajo, como con el trato recibido, me convencieron de la recomendación hecha por "Manila" al salir de su oficina, en el sentido de que nos iba a gustar estar trabajando en este lugar.- Un día estando listos para salir al trabajo, a dos nos apartaron para realizar una labor de urgencia que se había presentado en el interior de la vinatería, quedando sorprendidos de la inmensidad de los salones en lo que estaban instalados la gran cantidad de tanques de varias capacidades, algunos de los cuales ostentaban cartulinas indicando más de cien mil litros, todos fabricados de maderas especiales.



nuestro sufrido país han surgido, desde siempre, los altos jerarcas de la Iglesia Católica, predicando humildad y sumisión entre los pobres, pero al mismo tiempo con la clase rica y opresora; y además, pisoteando las leyes, tachándolas de injustas e impías por el hecho de que éstas se veracidad en asuntos propiamente temporales ya que la labor verdaderamente evangelizadora, no ha sido objeto de represión, como lo ha manifestado en sus protestas, llegando su algaría hacia nuestras leyes, hasta el grado de sublevar a la población en contra del Gobierno, como sucedió a finales de la década de los años veinte del siglo

CONSTRUCCIÓN DE LA ALBERCA

En 1946, la construcción de una alberca y sus instalaciones, en Los Gatos, California



EL TRATAMIENTO

Al terminar la semana, terminó también la tarea de limpieza para la que fuimos llevados a la vinatería y a mí se me dijo que el siguiente lunes volviera a trabajar aquí mismo, avisándole al mayordomo de campo acerca de esta decisión, algo que no fue muy de su agrado, hasta que tuvo que ir a convencerse por sí mismo, de la orden dada por el padre Mc Kee cabeza principal del organismo conocido como Noviciado de Los Gatos y todo el tiempo que permanecí trabajando lo pasé bajo sombra y aunque algunas veces había que andar a las carreras, desempeñando alguna tarea especial, nunca era igual al andar afuera soportando las inclemencias del tiempo. Por esto cuando los domingos íbamos a San José o a San Francisco, algunos paisanos se extrañaban de que mi piel no presentaba señales de estar expuesta al sol, preguntando si acaso trabajaba yo en alguna oficina.

El trato recibido por los trabajadores, en este lugar administrado por una organismo religioso católico, me dio margen para reflexionar acerca de la actitud que en nuestro sufrido país han adoptado, desde siempre, los altos jerarcas de la Iglesia Católica, predicando humildad y sumisión entre los pobres, pero alternando siempre con la clase rica y opresora; y además, pisoteando las leyes, tachándolas de injustas e inaplicables por el hecho de que limitan su voracidad en asuntos propiamente temporales ya que la labor verdaderamente evangelizadora, no ha sido objeto de represión, como lo han manifestado en sus protestas, llegando su altanería hacia nuestras leyes, hasta el grado de sublevar a la población en contra del Gobierno, como sucedió a finales de la década de los años veinte del siglo

pasado en la región de los Altos en el Estado de Jalisco, popularmente conocido como la revolución cristera.

Después de este desahogo y volviendo con el relato, debo manifestar que, salvo un pequeño incidente protagonizado con uno de los novicios que de vez en cuando mandaban a ayudar en alguna tarea, los años que estuve renovando mis contratos de trabajo, los pasé en la vinatería, hasta mi regreso a México.- Ese incidente sin mayor importancia, se agravó por la intervención del capataz, que también era novicio pero de mas categoría, que intervino desde luego a favor de su "hermano" y al no tolerar yo esta situación, solicité ir a trabajar afuera, pero solo por una semana, al final de esa semana se me ordenó volver a trabajar en el interior de la vinatería, después de que el padre Mc Kee anduvo diciendo que yo no servía para andar trabajando afuera.

Durante los aproximadamente cinco años que estuve renovando mi contrato de trabajo, más o menos cuatro fueron los que trabajé en el Noviciado de Los Gatos y en ese tiempo el convenio firmado por los gobiernos mexicano y estadounidense se dio por terminado y entonces se nos manifestó que se estaban haciendo gestiones para reanudarlo y que, mientras tanto, nuestra situación iba a ser ilegal, así que estábamos en libertad de regresar a México o arriesgarnos a sufrir las consecuencias, si llegábamos a ser detenidos por autoridad de inmigración.

La mayor parte de quienes estaban bajo contrato, optó por regresar a México, entre ellos mis fieles compañeros; el "niño", el "penco" y Ángel; yo por mi parte, tomé el riesgo y no mucho tiempo después estaba de nuevo legalmente firmando mis contratos de trabajo.- De los cerca cinco años que duró esta vez mi estancia en EE.UU., sin regresar a México, cerca de cuatro los pasé en el Noviciado y de ellos la mayor parte trabajando en la Vinatería, es decir el lugar donde se llevaba a cabo el proceso de elaboración y añejamiento del vino, que era finalmente el propósito para el que se cosechaba toda la uva de los viñedos, propiedad de la empresa.

Cuando firmé mi nuevo contrato, le agregaron una cláusula que obligaba a los patrones a deducir un 2% del salario y enviarlo en depósito a un banco que el trabajador señalara en México y el monto acumulado, le sería entregado a éste a su regreso al país; hago esta aclaración por las diversas quejas que posteriormente algunos trabajadores mexicanos presentaban en contra de bancos estadounidense, esta situación se presentó como a mediados del año 1946 y nunca supe el tiempo en que fue anulada esta disposición.

Puede decirse que, para la época, mi ingreso económico era bueno, pero nunca pensé en quedarme a vivir en los Estados Unidos y por eso fue que un compromiso matrimonial, ya que en las últimas etapas de su realización, se deshizo cuando la que iba a ser mi esposa, decidió a instancias de su señora madre, no venir a vivir a México.

La ilusión de ser propietario de un pedazo de tierra, suficiente para producir el alimento básico, para el sostenimiento de una familia, fue el motivo que me impulsó a correr la aventura de enrolarme de bracero, al no tener en México la oportunidad ni los medios necesarios para reunir el dinero suficiente para empezar a llevar a la realidad, el sueño acariciado durante un ya largo periodo de tiempo.

Cuando consideré haber reunido la cantidad necesaria para llevar adelante mis planes, hablé con el padre Mc kee y le manifesté mi deseo de regresar a México, y por tanto, dejar el trabajo; al oír mi petición, se sorprendió tal vez, no por lo de mi regreso a México, sino por el hecho de que deseaba abandonar su trabajo al que muchos desearían incorporarse, tratando entonces de darle una mejor solución al asunto, me ofreció tramitar con las autoridades migratorias, un permiso para visitar mis familiares en México, hasta por un mes de duración y así poder volver al trabajo.

Pero ya lo había decidido y no queriendo aceptar ningún razonamiento que pudiera disuadirme de mi propósito y contando con la seguridad que según yo, representaba la cantidad en efectivo, que depositada en un banco de México, había logrado ahorrar, ya no había para que estar esperando, solo empezar a poner en práctica la realización del sueño acariciado por tanto tiempo así que comencé a preparar mi regreso a México, con la mente repleta de ilusiones y también cegado, ahora lo reconozco, por un destello de vanidad.

Pasada la euforia producida en la familia, con motivo de mi regreso dio comienzo mi peregrinar en busca de un pedazo de tierra que llenara las condiciones necesarias, tanto a mi propósito, como a mi capacidad económica y pasado algún tiempo sin obtener ningún resultado satisfactorio, mi padre platicando con un amigo, que vivía como integrante de uno de los núcleos ejidales que en ese tiempo circundaban la ciudad, lo puso al tanto de mis afanes y entonces ese amigo, le sugirió a mi padre que hiciéramos una solicitud a su comunidad y ver alguna posibilidad de ser aceptados como miembros de la agrupación.

Así lo hicimos y en la siguiente asamblea celebrada por este núcleo ejidal nos presentamos con la solicitud y después de una serie de discusiones y apoyados siempre por el amigo de mi padre, finalmente fuimos admitidos como solicitantes de acuerdo a la estructura de las organizaciones ejidales.- Y para nuestra fortuna, ese mismo día, otro solicitante estaba renunciando a seguir perteneciendo al ejido y mediante una módica retribución, nos cedió sus derechos a la parcela que había estado trabajando.

A poco más de un año de estar instalada la familia y que mis hermanas casi se habían acostumbrado a cocinar con leña, mi reserva económica que hasta entonces había sido la base de nuestra sustentación, se agotó y hubo que vivir con altibajos económicos, ya que a pesar de que se había incrementado el número de cabras y se vendía la leche y los cabritos cuando había, en ocasiones escaseaba y entonces se limitaba mucho el ingreso; sin embargo, estábamos ya enrolados en la vida del campo y viviendo yo, aunque no completamente satisfecho, el sueño acariciado durante largo tiempo.

Teníamos aproximadamente un año y medio de estar ya establecida la familia, en este lugar, cuando las oficinas del centro de concentración de braceros fueron instalados en Monterrey y con ese motivo, las aglomeraciones de gente que yo había conocido en México, volvieron a aparecer en las inmediaciones del campo militar, que fue el lugar donde quedaron instaladas dichas oficinas.

Entre los que como en México, llegaron de todas partes tratando de contratarse, vino mi amigo Juvenal a cuya casa en México llegué, al ser repatriado, y empezó a tratar de convencerme de que lo acompañara en su propósito de contratarse, sabiendo de mi experiencia adquirida con anterioridad, pero no logró convencerme y él si pudo contratarse, pero no le fue muy bien y al poco tiempo tuvo que regresar a su casa; al siguiente año volvió con la misma insistencia y estando urgido de incrementar de algún modo nuestros ingresos, acepté acompañarlo.

Para este tiempo, había yo podido ya establecer algunas buenas relaciones con personas de influencia en el ambiente gubernamental, acudí a una de ellas en solicitud de una recomendación que nos facilitara el ingreso a las oficinas de

contratación, sin andar en la aglomeración que también, como en su tiempo, se daba en la capital del país; así que sin mayores apuros conseguimos contratarnos para ir a trabajar en el Estado de Missouri, en actividades relacionadas con el cultivo y recolección del algodón.

Al terminar las labores de cultivo en los campos algodóneros, nuestro contrato también expiró y mientras Juvenal regresaba a México, al no querer quedarse por más tiempo, yo conseguí mi traslado a Texas, con el ofrecimiento de parte de la oficina de trabajo, de volver a contratarme cuando empezara la temporada de la cosecha, mientras tanto debería permanecer a la expectativa y estar informándome, en la oficina que para contratación estaba establecida en Hidalgo, Texas, río Bravo de por medio, con Reynosa.

Al volver a Missouri fui enviado a trabajar con una compañía que controlaba una enorme cantidad de hectáreas, la mayor parte sembradas de algodón ya listos para la cosecha y sucedió que, cuando estaban entregando los costales (sacos de lona), para pizar, así como utensilios de cocina pues cada uno tenía que cocinar su propia comida, los capataces de origen méxico-tejano, nos hicieron saber que iban a ser descontados del salario y allí empezaron las dificultades; de inmediato empezaron a ponerse de acuerdo con la mayor parte de trabajadores, para no salir a trabajar, pese a las amenazas de los capataces de que los regresarían a México, si no salían al trabajo.

CONDICIONES LABORALES

Alguien que sabía que yo entendía el inglés me puso un contrato en la mano y me pidió que fuera yo a hablar con el principal de la compañía, que en realidad era el dueño de todas esas tierras y cuando estuve frente a este señor, le expliqué que nuestros contratos estipulaban que el patrón estaba obligado a proporcionar todo lo necesario para el desempeño del trabajo, sin cargo alguno para el trabajador y cuando él leyó esa cláusula del contrato me dijo que los trabajadores tenían toda la razón, que les dijera que no tenían que pagar por nada de lo que se les entregara y que salieran a trabajar, así se hizo y a mí me empezaron a tomar en cuenta para consultar y atender las necesidades de los trabajadores, cuando fueran presentándose, por lo que nunca salí a pizcar algodón.

Terminada la temporada de cosecha y preparado para mi regreso a México, me propusieron la posibilidad de que regresara a trabajar con esta compañía en el siguiente ciclo agrícola, para lo cual dijeron, ellos se harían cargo de los gastos que esto representara, durante la contratación, y así fue durante los tres siguientes años, me enviaban dinero para mi transportación y posteriormente las idas a trabajar a EE.UU. se suspendieron, no así la relación ya que seguimos en contacto por medio de cartas y alguna vez por teléfono.

El tiempo durante el cual estuve trabajando para esta compañía y el trato recibido, de parte de los dueños, me hizo recordar la época en que estuve trabajando en California y la curiosa coincidencia de que las mejores y más prolongadas estancias trabajando en un mismo lugar, principiaron con una casi acalorada discusión relacionada con las condiciones laborales, pero que finalmente concluyó con un buen entendimiento para un mejor estado en la relación patrón-trabajador.

Como la actividad agrícola de esta compañía, era exclusivamente el cultivo del algodón, a consecuencia del desplome mundial en el precio de esta fibra, la enorme laboriosidad de esta empresa se vio mermada al grado de que la última vez que fui a trabajar, fue sólo por dos meses.

Aunque la actividad agrícola de la empresa disminuyó, nuestra amistad no sufrió cambios y así quedó de manifiesto cuando me informaron que el principal dueño y su esposa, ambos en los umbrales de la vejez, deseaban hacer un viaje de placer a México y se me decía si yo podía acompañarlos en su recorrido, mi contestación afirmativa sirvió para que llegaran por mí a su paso con rumbo a la Ciudad de México.

Vinieron acompañados por una persona amiga, empleado de la oficina de trabajo de EE.UU., en la región y al encontrarnos casi de inmediato enfilamos hacia México por la carretera a Ciudad Victoria, Tamps., pues aún no estaba en servicio la carretera México-Laredo.- Al llegar a México, se hospedaron, y yo con ellos, en el Hotel del

Prado, que junto con el Reforma, eran en ese tiempo, los mejores hoteles de la capital, así que tuve la oportunidad de presumir el estar hospedado en lo mejor.

La intención del matrimonio era seguir al puerto de Acapulco, pero la señora me preguntó si en la ruta hacia ese puerto también había montañas y al contestarle que sí aunque no de la magnitud de las que vio al pasar por Tamazunchale, su reacción fue de que no quería ver mas montañas, por lo que después de una semana de estancia en México, nos regresamos haciendo un rodeo hasta la ciudad de Torreón.

Poco después de su retorno a los EE.UU. murió el jefe de la familia y al año siguiente, el hijo mayor con el que yo había tenido la mejor relación, me avisó que deseaba venir a México e igual que la vez anterior con los padres, me preguntó si podría acompañarlo en su viaje y al contestarle que sí, afinamos los planes para que pasaran por mí.- Vino acompañado por su esposa y además por la pareja formada por un viejo empleado de la empresa y su esposa, compañeros míos de trabajo, durante el tiempo que yo también estuve trabajando para esta gente.

A estas dos parejas si les encantó el paisaje de las Huastecas y en la Ciudad de México, solo permanecemos un par de días ya que en sus planes quedaba inscrito el puerto de Acapulco, como su principal objetivo y allá salimos.- A nuestra llegada nos hospedamos en el Hotel

Caleta pues con anterioridad ya ellos habían hecho reservaciones; una semana duró para mí, el sueño hecho realidad, por las vacaciones que estas personas disfrutaron en nuestro país.

El regreso se realizó por la carretera México-Laredo, que ya para ese tiempo estaba terminado el tramo de San Luis Potosí, hasta la frontera. Tuve en ese tiempo, oportunidad para vivir en situaciones muy por encima de mis posibilidades económicas, debido obviamente a que todos los gastos de mis viajes y alojamiento eran solventados por quienes habían sido mis empleadores durante varios años.

Al caer los precios del algodón y terminar el período de su bonancible cultivo, mi ex-patrón y amigo empezó a experimentar en el desarrollo de algunas otras actividades: primero fue la cría de caballos de raza, que no prosperó; después, formó una empresa para el transporte de carga pero era la época en que Hoffa ejercía un absoluto predominio en esta actividad hasta que finalmente instaló una armería en la que según me comunicó sí empezaba a producir buenos resultados y de pronto, una noticia enviada por un matrimonio amigo, informó de la trágica muerte de quien por varios años, llegó a ser el mejor patrón y verdadero amigo.